

Jef Last

ESCRITORES ANTIFASCISTAS

The spanish tragedy. Londres, George Routledge & Sons, 1939 (traducción inglesa de David Hallet y traducción castellana de Jordi Galdón).

Como el coche con los otros escritores oficiales (Renn, Bodo Uhse, Kantorovich, Bates) ya se había marchado unos días antes, tomé la conexión de autobús-tren por Tembleque y Albacete. No hay espectáculo más triste que un charabán [coche descubierto con filas de asientos] lleno de gente evacuada. Cuando ves los rostros desgastados y demacrados de las mujeres, su miserable equipaje, a los pequeños gimiendo de fatiga y hambre, y el orgulloso silencio estoico de sus hermanos mayores, de repente te das cuenta de por qué tantos prefieren permanecer en Madrid a pesar de los bombardeos en lugar de emprender un viaje a lo desconocido y sin ninguna certeza de que el refugio que buscan no será bombardeado también.

El tren, que ya llevaba tres horas de retraso en Tembleque, se detuvo en cada parada. Los cuatrocientos kilómetros que nos separaban de Valencia nos llevarían unas veintisiete horas. Lo que me sorprendió fue el excelente estado del material rodante. No faltaba un solo cristal en las puertas. Cada asiento tenía su cojín de cuero; y no había nombres rayados en la madera como recuerdo. Mañana estos coches volverán a ser capaces de servir para el tráfico turístico internacional sin tener que ser revisados. Había incluso un coche-restaurante en el tren, donde desafortunadamente no había nada más que fruta aún sin madurar, vino de Málaga, y café sin la leche ni azúcar. En el tren compartí mi compartimento con unos jóvenes oficiales españoles particularmente atractivos. Habían participado en la lucha por Málaga hasta el amargo final.

«Podría ser que se hubiese producido traición», dijo uno de ellos, «pero sobre los soldados no recae un ápice de sospecha. Aguantaron hasta el final; desgraciadamente teníamos muy pocas ametralladoras».

«Y pocos fusiles», dijo el segundo.

«Tampoco había tanques –añadió el tercero– y los italianos llegaron con sus columnas totalmente motorizadas».

Todo estaba en silencio. Al cabo de unos instantes, el teniente prosiguió: «Cuando todo se perdió, marchamos sin pausa durante setenta y ocho horas a través de las montañas. No podíamos confiar completamente en los campesinos porque muchos de ellos estaban molestos por las medidas de colectivización obligatoria impuestas por los anarquistas en esa provincia. El flujo ininterrumpido de cientos de miles de refugiados se esforzaba por llegar a Almería. El puente de Motril había sido destruido y nuestros soldados permanecieron en el agua durante horas y horas ayudando a mujeres y niños a cruzar. Allí vi algunos obreros que, en su desesperación, dispararon a sus esposas e hijos con un revólver».

Me vinieron a la mente los relatos dantescos del doctor Bethune (famoso por su técnica de transfusión de sangre) sobre esos vuelos [de la muerte], que constituyeron el plebiscito más trágico jamás declarado contra Franco. «[Los refugiados en su huida] Fueron bombardeados desde el aire y atacados desde las montañas por la artillería; y desde el mar por los navíos de la no-intervención. En esos doscientos kilómetros de carretera no había un solo vehículo; tampoco agua o comida».

The spanish tragedy. Londres, George Routledge & Sons, 1939 (traducción inglesa de David Hallet y traducción castellana de Jordi Galdón).

Aznar Soler, M. (Ed.). (2018). *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (València-Madrid-Barcelona-París): Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Ed. Alfons el Magnànim.

pp. 673-674